

J. M. BLÁZQUEZ

LAS RELACIONES ENTRE HISPANIA Y EL NORTE DE ÁFRICA DURANTE EL GOBIERNO BÁRQUIDA Y LA CONQUISTA ROMANA (237-19 a. J. C.)

Pretendemos en este trabajo examinar la relación mutua entre los pueblos de la península Ibérica y los del Norte de Africa en la etapa que corre entre la conquista de Iberia por los bárquidas y la total pacificación de la Península por Augusto, terminadas las guerras cántabras. Así, examinaremos sucesivamente, apoyados en las fuentes y en el material arqueológico cuando éste exista, las causas de la conquista de la Península por los bárquidas, Hispania como colonia púnica de explotación (minerales y otras materias, agricultura, *garum*, soldados); intercambio de tropas entre la Península y Africa, aportaciones de las tropas hispanas al gobierno bárquida (caudillaje), sistema de gobierno de los bárquidas con los indígenas; intercambio de tropas y navegaciones al Africa en el siglo II a. J. C.; intercambio de tropas y desplazamiento de población en el siglo I a. J. C., pervivencia de lo púnico en la Península. Recientemente, entre los investigadores hispanos, J. Maluquer¹ ha señalado que la reconquista por los cartagineses de la península Ibérica obedeció a la necesidad de buscar una compensación de carácter político y económico a la pérdida de Sicilia (241 a. J. C.) y de Cerdeña (237 a. J. C.). Esta teoría, fuera de España, había sido ya propuesta por diferentes investigadores, como Scullard,² L. Homo,³ quien sostiene que Cartago en esta época no podía sobrevivir sin las colonias de ultramar; Giannelli,⁴ Momigliano,⁵ Ducati,⁶ Cary,⁷ etc., Groag,⁸ Hallward,⁹

¹ *El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares*, II, Zephyrus, VI, 1955, página 253 y sigs.

² *Scipio Africanus in the Second Punic War*. Cambridge, 1930, 35. Idem. *A History of the Roman World from 753 to 146 B. C.*, Londres, 1935, 193 y 199.

³ *L'Italie primitive et les débuts de l'impérialisme romain*, Paris, 1953, 344.

⁴ *La Repubblica Romana*, Milán, 1955, 338.

⁵ *Sommario di Storia delle Civiltà Antiche. II. Roma*, Florencia, 1958, 78.

⁶ *L'Italia antica dalle prima civiltà alla morte di Cesare*, Milán, 414.

⁷ *A History of Rome down to the Reing of Constantine*, Londres, 1957, 156.

⁸ *Hannibal als Politiker*, Viena, 1929, 15 y sigs.

⁹ «CAH», VIII, 1930, 25 y sigs., particularmente 30 y sigs.

Otto¹⁰ y recientemente Aymard¹¹ creen que la causa de la conquista de España obedece a una política defensiva. El mismo Scullard¹² se inclina a admitir que la conquista de la Península no tenía otra finalidad que restablecer el imperio perdido de ultramar, mientras Frank¹³ y Gsell¹⁴ aceptan que responde a la política ofensiva bárquida. Personalmente creemos, con Scullard¹⁵ y Heus,¹⁶ que la política bárquida no se torna abiertamente ofensiva hasta Aníbal y que la política de Hasdrúbal es claramente pacifista con Roma. Los textos de Cornelio Nepote (Hamilcar, 4) referentes al hecho de que Amílcar planeaba llevar la guerra a Italia, o el de Orosio (IV, 13, 1) no prueban nada en contra de esta tesis, pues son tardíos, lo mismo que el hecho de obligar a su hijo Aníbal a jurar odio eterno a los romanos. Según Kornemann,¹⁷ la política de Asdrúbal tendía "Rom als Herrin von Gesamtitalien und der beiden Meere um die Halbinsel, Karthago als Gebieterin Nordafrikas und Iberiens und damit als Inhaberin des Ausganges des Mittelmeeres zum offenen Ozean." Probablemente Aníbal se convenció, como sugiere Hallward,¹⁸ que la mejor defensa es el ataque. Recientemente, Heus (*op. cit.*, 74), después de hacer unas atinadas consideraciones sobre la política bárquida, concluye que «el sueño de un entendimiento con Roma estaba lejos del pensamiento de los bárquidas»; no obstante, no cree en una política belicista hasta la llegada al poder de Aníbal. Cartago conocía perfectamente las inagotables posibilidades de la Península en riquezas mineras y como cantera de donde extraer mercenarios, ya que de ellos se sirvió en sus campañas siciliotas de Himera, en 480 a. J. C.; Selimis, en 409 a. J. C.; destrucción de Himera, 408 a. J. C.; toma de Akragas, 406 a. J. C.; caída de Gela y Kamarina, 405 a. J. C.; segundo sitio de Siracusa, 397-395 a. J. C.; batalla de Krimisos, 341 a. J. C., y de Eknomon, 311 a. J. C. y primera guerra púnica.¹⁹ Las riquezas mineras prácticamente fueron explotadas ya desde el cierre del estrecho, hacia el año 500 a. J. C., en exclusiva por Cartago.²⁰ Es muy posible, como han sugerido algunos autores, que las campañas efectuadas por los cartagineses en Sicilia con posterioridad al año 500, en las que participaron de una manera tan activa tropas ibéricas, fueran financiadas por las riquezas hispanas, pero sobre este interesante punto carecemos de datos

¹⁰ H. SCULLARD, *A History of the Roman World from 753 to 143 B. C.*, 199, n. 2.

¹¹ *Roma et son Empire*, París, 1956, 33.

¹² *A History of Roman World*, 199.

¹³ H. SCULLARD, *A History of the Roman World*, 199, n. 2.

¹⁴ *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, París, 1918, 128.

¹⁵ *A History of the Roman World*, 199 y sigs.

¹⁶ *Römische Geschichte*, 1960, 73 y sigs.

¹⁷ *Weltgeschichte des Mittelmeer-Raumes*. Munich, 1948, 140 y sigs.

¹⁸ *Op. cit.*, 32.

¹⁹ A. GARCÍA Y BELLIDO, *El mundo de las colonizaciones. Historia de España*, I, 2. Madrid, 1952, 652 y sigs.; ídem, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, Madrid, 1954, *Passim*; ídem, *Los iberos en Sicilia. «Emerita»*, VII-VIII, 1939, 71 y sigs.; G. GRIFITH, *The mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge, 1935, 225 y sigs.

²⁰ Sobre el problema de la lucha por las materias primas en el Mediterráneo occidental, que motiva la llegada de los celtas, etruscos, griegos y semitas al sur de la Península, cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *Semiten, Etrusker u. Tartessien im Westmittelmeerraum*, *Historia*. En prensa.

concretos; sí se puede asegurar que la Península contribuía poderosamente al desarrollo del imperialismo mercantil púnico, como se deduce del hecho transmitido por Timeo referente a que los fenicios que habitaban Gadir pescaban en el Atlántico enormes atunes, que metidos en conservas eran transportados a Cartago, desde donde se enviaba, lo que no se consumía en la ciudad, a otros mercados del Mediterráneo. (Ps. Arist., *De mirab. rebus*, 136.)

Se ignoran igualmente la fecha y las causas de la pérdida de la Península para el imperialismo púnico. Bosch-Gimpera²¹ propone los años que corren entre 264 y 237 a. J. C. y sugiere que quizás la terrible revuelta de los mercenarios en Africa, motivada por falta de paga, se debió a la pérdida de las minas hispanas. Este autor se inclina a ver una alusión a las luchas en la Península contra púnicos en los conocidos relieves de Osuna, en los que aparecen guerreros con el escudo típico de La Tène II, lo que confirmaría la fecha propuesta por Bosch-Gimpera. Otros autores han propuesto fechas parecidas a las de éste. Así, A. García y Bellido,²² cree que la marcha de los púnicos se puede datar hacia el año 240 a. J. C. A. Schulten (*FHA*, III, 4, 9) piensa en la misma fecha, y Scullard²³ en la indicada por Bosch-Gimpera. Pericot,²⁴ en cambio, es el autor que propone una fecha más elevada, hacia el año 300 a. J. C. Sin embargo, del texto de Polibio (I, 10, 5) como ha señalado acertadamente Schulten (*FHA*, III, 4), se deduce que al principio de la primera guerra púnica la Península estaba bajo el control púnico; posiblemente antes de la revuelta de los mercenarios, a principios del año 240, se había ya perdido. Se ignoran las causas, pero como quieren Pericot y Scullard, probablemente Marsella, que tenía intereses comerciales encontrados con los púnicos, desempeñó un papel importante. El mismo Tratado del Ebro parece ser que no tenía otra finalidad que defender los intereses comerciales de Marsella, la aliada de Roma,²⁵ y la intervención de Roma en los asuntos de Sagunto, como quiere Heichelheim,²⁶ data de pocos años antes de la destrucción.

Se puede asegurar que la reconquista de Hispania era el punto fundamental del programa politicoeconómico de Amílcar Barca, cuya política era de un marcado carácter imperialista, mercantil y colonial que en realidad obedecía a la gran tradición púnica,²⁷ frente al programa propugnado por su adversario Hannón, que se apoyaba en un partido latifundista, cuyos intereses no se encontraban en el mar ni en tierras

²¹ *España romana. Historia de España*, II, Madrid, 1955, 5 y sigs.; *Los relieves de Osuna*, en A. GARCÍA BELLIDO, *Ars Hispaniæ*, Madrid, 1947, figs. 279-286; ídem, *España prerromana. Historia de España* I, 3, Madrid, 1954, figs. 475-484, 541 y sigs.

²² *El mundo de las colonizaciones*, 364 y sigs.

²³ *A History of the Roman World*, 193.

²⁴ *La España primitiva*, Barcelona, 1950, 282.

²⁵ Sobre este punto, cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *El impacto de la conquista de Hispania en Roma (218-154 a. J. C.)*. «Estudios Clásicos», 1962, con toda la bibliografía y discusión de las fuentes clásicas.

²⁶ *New Evidence on the Ebro Treaty*. «Historia», III, 1954-5, 211 y sigs.; J. M. Blázquez, *op. cit.*

²⁷ Sobre Cartago, cfr. G. CH. PICARD, *Das wiederentdeckte Karthago*, Frankfurt, 1957; ídem, *La vie quotidienne à Carthage*, Paris, 1958, *passim*.

de ultramar, sino en la propia Africa.²⁸ En Cartago, pues, en el siglo III a. J. C. se encuentran los dos mismos partidos que han dominado la política romana de ese siglo, frente al partido representado por Flaminio, que defendía la conquista de la Península Itálica, un segundo inclinado a ensanchar el territorio romano en ultramar, tema tratado recientemente por H. H. Scullard.²⁹ La conquista de la Península era absolutamente necesaria para el triunfo del partido bárquida en Cartago, como ha visto Giannelli³⁰ y era la única zona del Mediterráneo que podía compensar la pérdida de Sicilia. Como ha señalado Rostovtseff³¹ al igual que Sicilia, a la riqueza en cereales unía la Península ricas explotaciones en toda clase de minerales; era también el único territorio del Mediterráneo que podía contrapesar el cierre de los mercados púnicos de Italia, Gallia, Sicilia, Cerdeña y Córcega. Era vital para la economía cartaginesa, después de la primera guerra púnica y de la desastrosa condición económica en que se hallaba, encontrar nuevas fuentes de riqueza y abrir nuevos mercados. Los bárquidas explotaron inmediatamente a gran ritmo las minas de plata de Cartagena, que Piganiol,³² Rostovtseff³³ y Giannelli³⁴ consideran las más ricas del Mundo Antiguo. En la época en que Polibio las visitó rentaban a los romanos 25.000 dracmas diarias y trabajaban en ellas 40.000 obreros (Str., III, 148). En tiempo de Augusto eran propiedad de una compañía particular que las seguía explotando. La rápida marcha de Escipión para conquistar Cartagena obedece probablemente no tanto a la necesidad de privar a los cartagineses del mejor puerto de que disponían en la costa levantina en sus relaciones con Africa e Italia (Pol., X, 7; Str., III, 148), sino a la necesidad de controlar las ricas minas de sus alrededores, que financiaron la segunda guerra púnica; perdidas éstas Aníbal se mantuvo prácticamente a la defensiva en Italia. A la misma necesidad responde la repentina marcha a Cástulo, en cuyas proximidades se encontraba, entre otras (Pol., X, 38, 7), la célebre mina Baebelo, que rentaba a Aníbal 300 libras diarias, y todavía en la época de Plinio se encontraba en explotación (NH, XXXIII, 96). Este mismo autor habla de los pozos mineros abiertos por Aníbal, que aún seguían explotándose en su tiempo

²⁸ G. WALTER, *La destruction de Carthage 264-146 av. J.-C.*, París, 1947, 299. H. SCULLARD, *Scipio Africanus in the Second Punic War*, 35, 284; *idem*, *A History of the Roman World*, 192; G. GIANNELLI, *op. cit.*, 337; *idem*, *Roma nell'età delle guerre puniche*, Bolonia, 1938, 139; M. CARY, *op. cit.*, 159; A. MOMIGLIANI, *op. cit.*, 79; A. AYMARD, *op. cit.*, 32 y sigs.; S. GSELL, *op. cit.*, III, *passim*.

²⁹ *Roman Politics, 220-150 B. C.*, Oxford, 1951, 39 y sigs.

³⁰ *La Repubblica Romana*, 375.

³¹ *Geschichte der Alten Welt, II. Rom.*, Wiesbaden, 1942, 81.

³² *Histoire de Rome*, París, 1954, 80.

³³ *Op. cit.*

³⁴ *Roma nell'età delle guerre puniche*, 144; A. BELTRÁN, «MMAP», 1945, 200 y sigs. Sobre la explotación minera de estas minas, bien que de época republicana, cfr. A. Fernández Avilés, *El poblado minero iberorromano del Cabezo Agudo*, en *La Unión*, «AEA» XLVI, 1942, 136 y sigs. Sobre las minas de la Península en general, cfr. G. Gossè, *Las minas y el arte minero de España en la Antigüedad*. «Ampurias», IV, 1942, 43 y sigs. Sobre las explotaciones mineras en la época augustea, cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *Estado de la romanización de Hispania bajo César y Augusto*. «Emerita», 1962; *idem*, *La situación económico-social de Hispania al final de la República Romana y la política occidentalista de Augusto*. «Anuario de Historia social y económica de España», 1962. En prensa.

y que conservaban los nombres de sus descubridores. Livio (XXVIII, 3) cita otras minas de plata junto a Aurungis, ciudad que aparece mencionada en las campañas de los años 214-212 y 207 a. J. C. Appiano (ibidem, 6) escribe que el botín que la Península proporcionó a los cartagineses en época de Amílcar es lo que movió a enviar a Asdrúbal con otro nuevo ejército a ella. Zonaras (VIII, 21; también Liv. XXI, 12; App. ibidem, 10) cree que las grandes riquezas de los saguntinos fueron parte determinante de que Aníbal los atacase. Otros autores como Livio (XXI, 14-15), Diodoro (XXV, 15) y Floro (I, 22) se refieren a la riqueza en vajillas preciosas de los saguntinos, inutilizadas mediante plomo por los sitiados; no obstante, Livio (XXI, 15) escribe que "*captum oppidum est cum ingenti praeda... et multam pretiosam supellectilem uestemque missam Carthaginem*". Lo mismo hicieron los astapenses en el año 206 a. J. C., al ser la ciudad sitiada por Escipión, con sus vajillas preciosas (Liv., XXVIII, 23, 3; Suidas, v. *téteka*; App., ibidem, 33). El enorme botín recogido por Escipión en la toma de Cartago Nova en metales preciosos prueba la gran riqueza de Hispania en ellos: "*paterae aureae fuerunt ducentae septuaginta sex, librae ferme omnes pondo, argenti infecti signatique decem et octo millia et trecenta pondo, uasorum argenteorum magnus numerus*" (Liv., XXVI, 47; también Or., IV, 18, 1). Estos metales y vajillas preciosas los obtenían los púnicos no sólo de la explotación directa de las minas, sino también de los tributos impuestos por ellos a los pueblos sometidos. Aníbal impuso una contribución a las ciudades de los olcades que sometió, Althea y Cartaba (Pol., III, 13, 5; Liv., XXI, 5, 2). Este general, a cambio de 300 talentos de plata y de 300 rehenes (Polieno, VII, 48), se comprometía a levantar el cerco de Salmatis, lo que confirma la ambición y avaricia innata a los cartagineses según Polibio (IX, 11). Este autor también alude a la avaricia y ambición de Asdrúbal (III, 8, 1). Asdrúbal a Indibil y Mandonio, bajo pretexto de asegurarse su fidelidad, les gravó con una gran suma de dinero, además de exigirles en rehenes sus mujeres e hijas (Pol., IX, 11; X, 35), lo que motivó que estos dos caudillos se pasaran a Escipión. Otras veces el dinero procedía del saqueo de los pueblos, al que aluden las fuentes (App., ibidem, 5, 10; Pol., III, 13, 5; Liv., XXI, 5, 2). Esta riqueza recogida acá no sólo se destinaba a pagar al gigantesco ejército mercenario que los bárquidas crearon en la Península, sino que iba a parar también a Cartago, y utilizada para sobornar a los indígenas. El desastre de ambos Escipiones fue motivado por haber ofrecido los cartagineses a los celtíberos, primeras tropas que los romanos tomaron a sueldo (Liv., XXIV, 49, 7), una fuerte recompensa si abandonaban la causa romana (Liv., XXV, 33). Ya se indicó que Aníbal, después de la toma de Sagunto, envió a Cartago vasos y telas preciosas. Appiano (ibidem, 5, 8) escribe que «Amílcar se pasó a la Península para tener ocasión de estar ausente de su ciudad y al mismo tiempo de actuar y de ganarse con dones a sus conciudadanos...; lo que tomaba en la guerra lo dividía en dos partes: una la repartía entre los soldados, la segunda entre los principales de la ciudad favorables a su causa» y Cornelio Nepote (*Hamílcar*, 4) que "*equis, armis, uiris, pecunia totam locupletauit Africam*".³⁵ Livio (XXVI, 47, también App. ibidem, 19; Pol., X, 18, 3)

³⁵ Este autor expresamente (*Ham.* III, 3) afirma que «*princeps largitione uetustos peruertit mores carthaginensium*». El dinero paró toda esta corrupción salió, sin duda, de España.

cita entre el botín capturado por Escipión en Carthago Nova, expresamente naves cargadas de armas. El texto, probablemente, alude a las famosas espadas ibéricas, que por servir de punta y filo eran preferidas a las célticas (Pol., III, 114). En el año 200 a. J. C. los romanos, en la guerra de Macedonia, adoptaron ya el *gladius hispaniensis* (Liv., XXXI, 34, 4). Buenos ejemplares de espadas de esta época son los de Almedinilla,³⁶ tipo tan frecuente en el sur y sureste, Cigarralejo, Verdolay, Fuente Toja, Villaricos, Galera, etc., y de La Osera y Las Cogotas.³⁷ Los saguntinos apresados por Aníbal fueron propiedad de los soldados (Liv., XXI, 15), que seguramente los venderían a traficantes que los conducirían a Africa. Los caballos hispanos son precisamente uno de los productos peninsulares más cotizados por los romanos.³⁸ Aníbal envió mensajeros delante del ejército expedicionario que marchaba a Italia para comprar a los galos, que habitaban la región por donde tenían que pasar las tropas (Liv., XXI, 23):

Indirectamente las riquezas enormes que lograron los cartagineses en la Península se deducen de la gran cantidad de metales preciosos que sacaron los romanos como botín³⁹ con anterioridad a la paz, debida a la sabia política emprendida por T. Sempronio Graco. En el botín tomado por los Escipiones al ejército púnico, entre los años 214-212 a. J. C., figuran «*Expolia plurima gallia fuere, aurei torques armillæque magnus numerus*» (Liv., XXIV, 41). Los hallazgos arqueológicos, como los tesoros de Mogón,⁴⁰ Perotitos,⁴¹ Santiago de la Espada,⁴² Fuentesanta,⁴³ Jávea,⁴⁴ Salva-

³⁶ A. GARCÍA Y BELLIDO, *Ars Hispaniæ*, figs. 342-343; E. CABRÉ, *Dos tipos genéricos de falcata hispánica*, «AEAA», 1934, 204 y sigs. Sobre el armamento y metalurgia ibéricos y célticos, con todos los datos suministrados por la Arqueología, cfr. J. MALUQUER, *España prerromana. Historia de España*, I, 3, Madrid, 1954, 109 y sigs., 335 y sigs. Sobre otras partes del armamento, cfr. J. CABRÉ, *La cætra y el scutum en Hispania durante la segunda Edad del Hierro*. «Bol. Sem. Est. Art. Arq.», VI, 1939-40.

³⁷ J. CABRÉ, *Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila)*, II; *La necrópolis*, Madrid, 1932, láms. VIII-X, XII-XIII, XV-XVII, LXI-LXIV, LXVI-LXXV; J. CABRÉ, E. CABRÉ, A. MOLINERO, *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*, Madrid, 1950, láms. XXX, XXXIII-XLVI, XLVIII-L, LXV-LXVI, LXXII-LXXIII, LXXVIII-LXXIX; E. CABRÉ, *El simbolismo solar en la ornamentación de espadas de la segunda Edad del Hierro céltico de la Península Ibérica*, «APL», III, 1952, 101 y sigs.; J. CABRÉ, *Tipología del puñal en la cultura de "Las Cogotas"*, «AEAA», VII, 1931, 221 y sigs.; ídem, *Datos para la cronología del puñal de la cultura de "Las Cogotas"*, «AEAA», IX, 1933, 37 y sigs.

³⁸ J. M. BLÁZQUEZ, *La economía ganadera de la Hispania antigua a la luz de las fuentes griegas y romanas*. «Emerita», XXV, *passim*.

³⁹ Sobre este particular, cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *El impacto de la conquista de Hispania en Roma (218-154 a. J. C.)*; ídem, *El impacto de la conquista de Hispania en Roma (154-83 a. J. C.)* «Klio». En prensa.

⁴⁰ H. SANDAN, *Joyas iberorromanas halladas en Mogón, cerca de Villacarrillo (Jaén)*, 1907; R. MÉLIDA, *El tesoro de Mogón*, «ABM», II, 13 y sigs.

⁴¹ A. GARCÍA Y BELLIDO, *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, n. 491, 464 y sigs.; A. BLANCO, *Cabeza de un castro del Narla*. «CEG», XI, 1956, *passim*.

⁴² *El tesoro de orfebrería de Santiago de la Espada*, «AEArq.», 1949, 343 y sigs.; A. BLANCO, *Orígenes y relaciones de la orfebrería castreña*, «CEG», XII, 1957, *passim*.

⁴³ E. ROMERO DE TORRES, *Tesoro de Fuentesanta (Jaén)*, «BRAH», LXVI, 1915.

⁴⁴ A. GARCÍA Y BELLIDO, *Ars Hispaniæ*, fig. 194.

cañete,⁴⁵ Torre de Juan Abad,⁴⁶ Drieves,⁴⁷ Santiesteban del Puerto,⁴⁸ Almadenes de Pozoblanco,⁴⁹ Tivisa,⁵⁰ La Bastida,⁵¹ Covalta,⁵² Almenjibre,⁵³ Cigarralejo, además de otros tesoros estudiados por A. Blanco,⁵⁴ Aliseda, Carambolo, joyas gaditanas y de Málaga y del cortijo de Evora⁵⁵ confirman esta enorme riqueza. Esta tesis, la de que la conquista de la Península la motivaron sus riquezas, tiene una confirmación en dos textos antiguos. Dion Casio (XII, frag. 48) pone en boca de Amílcar esta razón para justificar ante la embajada romana la conquista de Hispania que «se había visto obligado a llevar acá la guerra para poder pagar las deudas que los cartagineses tenían con los romanos, ya que por ningún otro procedimiento podían librarse de ellas». El mismo Polibio (III, 30) acepta la empresa cartaginesa por la pérdida de Cerdeña y la necesidad de pagar el nuevo tributo impuesto. Esta riqueza en metales preciosos es la que originó la leyenda de que a la llegada de los cartagineses los turdetanos usaban pesebres y toneles de plata (Str. III, 151) o la recogida por el mismo geógrafo (III, 147) de que al incendiarse un monte corría río de plata y oro derretidos. Marcio, el que vengó la muerte de los Escipiones, en el campamento de Asdrúbal recogió su escudo que era de oro. Llevado después a Roma, estuvo expuesto en el Templo Capitolino (Plin., *NH*, XXXV, 14). Estos datos sobre la abundancia de metales⁵⁶ confirman los de Estrabón, Plinio, Mela y otros autores sobre el particular. Baste citar la frase escrita por Estrabón (III, 146) sobre la riqueza minera de la Turdetania: «Hasta ahora ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativo se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundante y excelente.» La riqueza

⁴⁵ J. CABRÉ, *El tesoro de plata de Salvacañete*, «AEAA», XII, 1936, 151 y sigs.

⁴⁶ F. ALVAREZ OSSORIO, *El tesoro ibérico de plata procedente de Torre de Juan Abad (Ciudad Real)*, «AEArq.», XVIII, 1945, 205 y sigs.

⁴⁷ J. SAN VALERO, *El tesoro preimperial de plata de Drieves (Guadalajara)*, Madrid, 1945; A. BLANCO, *Cabeza de un castro del Narla*, *passim*.

⁴⁸ R. MÉLIDA, *Tesoro encontrado en el término de Santiesteban del Puerto*, *Adq. Mus. Arq. Nac.*, 1918.

⁴⁹ M. DE LOS SANTOS GENER, *Tesoro hispanicoanterrromano de los Almadenes de Pozoblanco*, «Bol. R. Bel. Letr. Nobl. Art. Cord.», 1928

⁵⁰ J. DE C. SERRA RÁFOLS, *El poblado ibérico de Castellet de Bañolas Tivisa, Bajo Ebro*, «Ampurias», III, 1941, 15 y sigs; J. M. BLÁZQUEZ, *La interpretación de la pátera de Tivisa*, «Ampurias», XVII-XVIII, 1955-56, 11 y sigs.

⁵¹ M. A. VALL, *La cadenilla de oro de "La Bastida de Alcuses"*, «CAN», V, 1959, 239 y siguientes.

⁵² J. BALLESTER, *Restos de una joya de oro covaltina*, «CASE», VI, 1950, 201 y sigs.

⁵³ J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *Una vajilla ibérica de plata del país de los mastienos*, «Inv. Progr.», VIII, 1934, 163 y sigs.

⁵⁴ *Orientalia*, *Estudios de objetos fenicios y orientalizantes en la Península* «AEArq.», XXIX, 1956, 3 y sigs; ídem, *Joyas antiguas de la Colección Calzadilla*, «AEArq.», XXX, 1957, 196 y sigs; A. BLANCO-KUKAHN, *El tesoro de "El Carambolo"*, «AEArq.», XXXII, 1959, 38 y sigs.

⁵⁵ C. BLANCO, *El tesoro del Cortijo de «Evora» (Sanlúcar de Barrameda)*, «AEArq.», XXXII, 1959, 50 y sigs.; J. MALUQUER, *Nuevos hallazgos en el área tartésica*, «Zephyrus», IX, 1958, 201 y sigs.

⁵⁶ Sobre la economía de la Hispania antigua, cfr. L. WEST, *Imperial Roman Spain. The Objects of Trade*, Oxford, 1929, 40 y sigs., 12 y sigs; T. VAN NORTRAUD, *Roman Spain*, 121 y sigs; en T. FRANK, *An economic Survey of Ancient Rome*, III, Baltimore, 1937.

minera de Iberia, la necesidad de pagar a tanto mercenario y la política bárquida motivaron la emisión de monedas hispano-púnicas, bien estudiadas por A. Beltrán.⁵⁷ Los cartagineses no sólo estaban interesados en almacenar metales preciosos, sino en explotar otros de utilidad práctica, como el hierro y el cobre,⁵⁸ citados entre el botín cogido por los romanos en Carthago Nova (Liv., XXVI, 47). Estrabón (III, 159) habla de unas minas de hierro en las proximidades de Hemeroskopeion, muy buenas, que ignoramos si se explotaban ya tres siglos antes como es posible. Pocos años después, en tiempo de Catón, 195 a. J. C., los romanos explotaban unas minas muy ricas de hierro y plata (A. Gel., *NA*, II, 22, 28; Liv., XXXIII, 21) en los Pirineos, que quizá los mismos cartagineses, aliados de los ilergetes, las trabajaban ya. Los púnicos obtuvieron igualmente en la Península técnicos para trabajar los metales, citados por Polibio (X, 7) al hablar de la toma de Carthago Nova, ya que los cartagineses en el N. de Africa carecían de este tipo de industria.

La Península, como colonia de explotación, produjo a Cartago otras materias necesarias para la guerra y para el comercio marítimo. En el botín tomado en Carthago Nova (Liv., XXVI, 47) por los romanos se citan concretamente velas, esparto y otros materiales necesarios para armar la flota. Precisamente en las proximidades de Carthago Nova se cultivaban grandes extensiones de esparto (Str., III, 160). El *Itinerario de Antonino* (401, 5) a Carthago Nova la llama *spartaria*. En el año 217 a. J. C. Asdrúbal había reunido en Longúntica una gran cantidad de esparto «*ad rem nauticam congesta*» (Liv., XXII, 20). Las naves de que se sirvieron continuamente los cartagineses durante la segunda guerra púnica serían probablemente fabricadas en la Península y más concretamente en los astilleros de Carthago Nova y Cádiz, las dos principales bases de operaciones púnicas en esta época (Liv., XXVI, 20, XXVIII, 16, 30 y 37; App., *ibidem*, 35). También se citan en las fuentes unos astilleros en Carteia (Str., III, 140). Cuarenta naves fueron derrotadas por la escuadra romana o massaliota en la desembocadura del Ebro en el año 217 a. J. C. (Pol., III, 95; Liv., XXII, 19). Se deduce claramente del relato de Livio (XXIII, 26) que la marinería era turdetana, pues después de la batalla estos marineros, «*numquam deinde satis fidi aut duci aut Cartaginiensium rebus fuerant*», huyeron a la Bética y provocaron una sublevación entre los tartesios. El historiador griego escribe que Asdrúbal había equipado en Carthago Nova las treinta naves que su hermano le había dejado y provisto de tripulación a diez más, lo que parece indicar que todo esto fue hecho con material hispano. Gentes del mar cita Polibio (X, 7) entre las personas que se encontraban en Carthago Nova cuando la tomó Escipión, y Livio (XXVI, 47) enumera sesenta y tres naves de carga asaltadas o capturadas en el puerto. Varios siglos después Estrabón (III, 2, 6.) afirma que los habitantes de Cádiz se construyen ellos mismos sus buques. Se deduce de los textos antes citados, referentes al esparto capturado por los romanos, que las naves púnicas se reparaban

⁵⁷ *Curso de Numismática*, I, Cartagena, 1950, 297 y sigs; E. S. G. ROBINSON, *Punic Coins of Spain of the Bearing on the Roman Republican Series, Essay in Roman Coinage*, Oxford, 1956, 34 y sigs.

⁵⁸ Sobre la escasez de minas en el Norte de Africa que pudieran explotar los púnicos, cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *Semiten, Etrusker u. Tartessier im Westmittelmerraum, passim*.

o fabricaban completamente en la Península. Otros productos que los cartagineses extraían de Iberia no eran menos importantes; en Carthago Nova cogieron los romanos gran cantidad de trigo y cebada «*tritici quadringenta milia modium, hordci ducenta septuaginta*» (Liv., XXVI, 47). La agricultura hispana durante la segunda guerra púnica debía de encontrarse muy avanzada, se desprende del dato de Carthago Nova, de lo avanzado que se encontraba para esta fecha la agricultura cartaginesa del Norte de Africa, que había motivado el importante tratado de Magón, tan utilizado por Catón y Varrón. Años después los romanos exportaron gran cantidad de trigo hispano a Roma, lo que motivó una baja grande en el precio (Liv., XXX, 26, 5) y a Africa (Liv. XXX, 3, 2), año 203 a. J. C. Seguramente la feracidad de las vegas andaluzas, en lo que tanto insiste Estrabón (III, 142),⁵⁹ data ya de tiempos de la segunda guerra púnica, como la construcción de los célebres canales tartesios (Str., III, 2, 5). De algunas ciudades, como de Orongis, las fuentes expresamente afirman que su comarca era fértil (Liv., XXVIII, 3). Un producto hispánico de exportación fue el *garum*; ya se dijo que las naves gaditanas lo pescaban y transportaban a Cartago, desde donde se repartía a los mercados mediterráneos. Probablemente esta es la ruta seguida por el *garum* hispano, que con anterioridad a la segunda guerra púnica, aparece citado en los autores griegos, Eupolis, siglo V a. J. C. en su comedia *Márixas* (en Esteban de Bizancio), Aristófanes (Ranas, 474-5), Antifanes (Ath., III, 18 d), Nikóstratos (Ath., III, 18 d), Díphilos (Ath., III, 121 a). Seguramente, como apunta A. García y Bellido, el viaje de Hannón a la costa occidental de Africa no tenía otra finalidad que industrializar la pesca del *garum* atlántico. Se han encontrado fábricas de salazón en Villaricos, Bolonia, Mallaria, Baisippo, Cetra-ria, Bocca do Río, Nuestra Senhora da Luz, Vão, Portimão, Pera de Baixo, Praia de Cuarteira, Torre de Ares, Antas y Cacella. También las hay en Ibiza. Aunque algunas de estas factorías se daten en época romana, responden a una industria de gran tradición en el país, como se deduce de las fuentes.⁶⁰ La explotación de esta y dado a conocer un número relativamente grande al otro lado del estrecho de fábricas que, según sugiere este autor, puede perfectamente remontarse la industria a época cartaginesa. Algunas de estas fábricas, como las existentes en Lixus, son de industria pesquera no era privativa de la Península, pues Tarradell⁶¹ ha descubierto una amplitud considerable,⁶² lo que prueba unos mismos intereses industriales a ambas orillas del mar.

La Península en estos años no sólo proporcionó el dinero para pagar los mercenarios, sino los soldados para la guerra; ya que el ejército de Cartago estaba reclutado a sueldo; por esta causa tiene razón A. Schulten (FHA, III, 14) al afirmar que sin

⁵⁹ La feracidad de Iberia y del Occidente y el hecho de encontrarse el Oriente arruinado material y moralmente (M. ROSTOVTSSEFF, *op. cit.*, 225 y sigs.) motivaron la política occidentalista de Augusto; cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *La situación económico-social de Hispania al final de la República Romana y la política occidentalista de Augusto*.

⁶⁰ A. GARCÍA Y BELLIDO, *El mundo de las colonizaciones*, 380 y sigs.

⁶¹ Marruecos antiguo: nuevas perspectivas. «Zephyrus», V, 1954, fig. 5, 133 y sigs.

⁶² *Las excavaciones de Lixus (Marruecos)*. «Ampurias», XIII, 1951, 186 y sigs.; ídem, *Lixus*, Tetuán, 1959, *passim*, con buenas fotos de la fábrica.

la Península hubiera sido imposible la segunda guerra púnica. Para la lucha contra Roma el hispano era el soldado ideal por su fuerte inclinación a la vida militar, cualidad bien percibida por las fuentes antiguas (Str., III, 3, 8, 4, 16; Sall., *Hist.*, II, 91-92; Diod., XXXI, 42). Baste citar la frase de Justino (*Hist. Phil. Epit.*, XLIV, 2, 6): «*Plurimis militares equit et arma carioca*», o la de Livio (XXXIV, 17), referida a los tiempos de Catón, «*quam rem adeo ægre passi ut multi mortem sibimet ipsi consciscerent, ferox genus, nullam uitam rati esse sine armis esse*». Incluso Fernández Adrados, en su trabajo sobre *La "Fides" ibérica*, después de un minucioso examen de los textos, llega a sospechar la vinculación religiosa de los iberos con sus armas. Cartago conocía bien la calidad del soldado hispano que ella había utilizado en sus campañas sicilianas. El valor y la resistencia de estas tropas, en su propio cuerpo, lo terminaba de experimentar durante la revuelta de los mercenarios, trasladados de Sicilia a Cartago, entre los cuales se encontraban iberos y baleares (Diod., XXV, 2, 2; Pol., I, 67, 7). A partir de esta fecha, y durante toda la segunda guerra púnica, hay un continuo trasiego de tropas entre la Península y el Norte de Africa. Ya al año siguiente de resolverse favorablemente a Cartago la revuelta de los mercenarios (237 a. J. C.) los cartagineses enviaron a Amílcar a la Península al frente de un ejército compuesto necesariamente de africanos que desembarcaron en Gadir (Pol., II, 1, 5). Con este ejército venían también elefantes (Diod., XXV, 10) que frecuentemente los cartagineses pasan del Norte de Africa. Asdrúbal disponía en la Península de 200 elefantes (Diod., XXV, 12). Aníbal llevó consigo en su campaña al interior de la meseta unos 40 elefantes (Pol., III, 13) y dejó a su hermano Asdrúbal 21 elefantes antes de partir para Italia (Pol., III, 33). Elefantes se citan también en las operaciones del año 215 a. J. C. (Liv., XXIII, 29; Liv., XXIV, 41), mueren 39 elefantes en la batalla de Munda, entre los años 214-212 (Pol., X, 40, y Liv., XXVII, 18-19); año 208 a. J. C. (Pol., XI, 20), 32 elefantes figuran en el ejército de Asdrúbal en el año 206 a. J. C. (también Liv., XXVIII, 15; App., *ibidem*, 25).

El ejército que sitió a Sagunto lo calcula Livio (XXI, 8) en unos ciento cincuenta mil hombres, entre los que se contarían muchos africanos; el mismo autor poco después (XXI, 11) enumera concretamente un cuerpo de 500 africanos, mencionados también entre el ejército que atacó a Salmatis (Plut., *Virt. Mul.*, 248 e). Aníbal, para tener asegurada la fidelidad de los soldados, ideó un recurso ingenioso y prudente, al decir de Polibio (III, 33, 7; también Liv., XXI, 11), hizo pasar las tropas de Africa a España y las de España a Africa, afianzando con estos medios la fidelidad y el conocimiento entre los dos pueblos.⁶³ Eran los que pasaron a Africa los tersitas, mastianos, oretes, iberos y olcades, en número de 12.000 jinetes y 13.850 infantes, más 870 baleares, la mayor parte de estas tropas las acantonó en Metagonia de Africa, algunos en la misma Cartago. En España dejó a su hermano Asdrúbal con un ejército de 450 jinetes libiofenicios y africanos, 300 lorgetes, 1.800 númidas y masilios, masesilios, maccios y maurusios; 11.850 infantes de Africa, 300 ligustinos y 500 baleares. Esta costumbre de intercambiar tropas se encuentra documentada en

⁶³ Traslados de pueblos para evitar sublevaciones fue una táctica empleada igualmente por los romanos en la Península (Str., III, 139, 154) y fuera de ella (A. HEUS, *op. cit.*, 299).

otro texto de Livio (XXI, 22, 3) referente a un cuerpo de ilergetes en Africa, «*parua illergetum manus ex Hispania*». Schulten (FHA, III, 50) interpreta mal este pasaje al sostener que estos ilergetes son una tribu africana de igual nombre que la ibérica y que las dos últimas palabras son añadidas por el escritor latino. En el año 218 a. J. C. los cartagineses intentaron pasar hispanos a las Gallias (Liv., XXVII, 20). Dos años más tarde todavía Magón reclutó 2.000 auxiliares en las Baleares y los envió a Cartago (Liv., XXVIII, 37). En la batalla de Las Grandes Llanuras, 203 a. J. C., figura un cuerpo de 4.000 celtíberos (Pol., XIV, 7, 5; Front., II, 2, 10) y en la batalla de Zama, baleares (Pol., XV, 11).⁶⁴ El ejército cartaginés que operó en la Península contra los romanos llevaba, al igual que el que luchó en Sicilia y en Italia,⁶⁵ tropas hispanas mezcladas con las africanas, lo que contribuiría a afianzar los lazos de unión entre ambos pueblos. Precisamente al observar esta particularidad permitió a Cneo Escipión, en el año 218 a. J. C., vencer a Hannón. (Front., II, 3, 1; también Liv., XXIII, 29, refiriendo sucesos en la Península del año 215. Igualmente Pol., XI, 31, etc.). En el año 216 a. J. C., a petición de Asdrúbal, los cartagineses enviaron a la Península, desde Africa, un refuerzo de 4.000 infantes y 1.000 jinetes (Liv., XXIII, 26). Al año siguiente, ante el descalabro del ejército púnico, mandaron a Magón con tropas y naves (Liv., XXIII, 32, 6). Según Eutropio (III, 11) los efectivos enviados por Cartago eran en número de 12.000 infantes, 4.000 jinetes y 20 elefantes. En el año 211 a. J. C. se citan tropas africanas invernando en Turdetania (App., ibidem, 16) y en el año 208 a. J. C. caballería nómada y africana a las órdenes de Asdrúbal (Liv., XXVII, 18); estos africanos fueron vendidos por Escipión (Liv., XXVII, 19; Or., IV, 18, 7). En el año 207 a. J. C. un nuevo general cartaginés con un ejército atraviesa el estrecho para sustituir a Asdrúbal Barca (Liv., XXVIII, 1). Un año antes se cita al príncipe Masinisa, cuyo cometido era, con un cuerpo de 3.000 jinetes, recorrer el interior de la Península (Liv., XXVII, 20); en el año 206 aparece al frente de los nómadas (Pol., XI, 21; Liv., XXVIII, 13; App., ibidem, 25 y 27) «*cum caput rerum in omni hostium equitatu Massinissam*», como escribe Livio (XXVIII, 35). Finalmente, se entregó personalmente a Escipión (Liv., XXVIII, 35). En la campaña de este año se alude continuamente a tropas africanas al servicio de los púnicos (Pol., XI, 22 y 24; App., ibidem, 27-28). Livio (XXVIII, 14) puntualiza que los cartagineses y veteranos de Africa eran el núcleo del ejército que luchaba contra Escipión. Todavía, entregada Cádiz a los romanos, Magón había reclutado tropas auxiliares en la orilla de Africa para pasar a la Península (Liv., XXVIII, 23, 6 y 30; App., ibidem, 37) y ante la sublevación ilergeta pidió nuevas tropas a Cartago (Liv., XXVIII, 31). El paso entre Africa y la Península era frecuente y fácil; de la Península partió Asdrúbal al Africa a someter a los nómadas

⁶⁴ La confirmación arqueológica de la presencia de estas tropas podría ser la cerámica ibérica del Norte de Africa, como indica A. GARCÍA BELLIDO, *La necrópolis ibérica de Orán (Estado actual del problema referente a la expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo, «AEArq.», XXX, 1957, 94 y sigs.; ídem, Iberos en el Norte de Africa, AEArq., XLII, 1941, 347 y sigs.)*. También se conoce otra necrópolis en el Norte de Africa con enterramientos de iberos; G. VUILLEMOT, *La necrópolis punique du phare dans l'Ille Rachgoum (Orán), «Lybica», III, 1955, 7 y sigs.*

⁶⁵ Cfr. N. 19.

sublevados (Diod., XXV, 10), y Escipión, cuando fue huésped de Sifax (Zon., IX, 10). La flota de Cádiz se dividía entre las costas de la Península y las de Africa (Liv., XXVIII, 23, 7).

La Península, como colonia de explotación que era de los púnicos, contribuyó con grandes contingentes de tropas a la lucha de Cartago con Roma. No nos referiremos a las tropas hispanas que durante la segunda guerra púnica lucharon fuera de la Península, en Italia o en Africa, pues ello ha sido tratado exhaustivamente por A. García y Bellido; tan sólo recordaremos que, según Livio y Polibio, estas tropas eran la columna vertebral del ejército púnico «*Hispanis... id roboris in omni exercitu erat*» (XXVII, 14, 5), el historiador griego expresamente afirma (XIV, 7, 5) que los cartagineses habían concebido esperanzas, no pequeñas, con la venida de los celtíberos; se refiere al año 203 a. J. C., antes de las batallas de Las Grandes Llanuras.⁶⁶ De hecho, tanto la conquista de la Península como la lucha en ella contra Roma la efectuaron los cartagineses con numerosas tropas hispanas. Ya a los comienzos de las conquistas de Amílcar incorporó a su ejército 3.000 soldados apresados del ejército de Istolayo (Diod., XXV, 10). En el año 218 los oretanos y carpetanos, consternados por la dureza de las levas, apresaron a los reclutadores y amenazaron con sublevarse (Liv., XXI, 11); estos reclutadores son citados otras veces (Liv., XXI, 21); ellos son los que alistaron 4.000 jóvenes seleccionados que Aníbal envió como rehenes y defensores al Africa. En el año 214-212 a. J. C. Asdrúbal envía a su hermano Magón a reclutar tropas (Liv., XXIV, 41). En el año 211 a. J. C. Indíbil se une poco antes del desastre de los Escipiones (Liv., XXV, 34) a los cartagineses con 7.000 suesetanos y gran número de celtíberos que combatieron en ambos ejércitos cuando perecieron los Escipiones (Liv., XXV, 33). Nuevamente en el año 208 a. J. C. Asdrúbal hace levas en la Celtiberia (App., *ibidem*, XXIV) y Magón en las Baleares (Liv., XXVII, 20). En este año los cartagineses pensaban rehacer el ejército de la Península con tropas hispanas (Liv., XXVII, 20). Hannón, en el año 207, en breve tiempo reunió un gran ejército en Celtiberia (Liv., XXVIII, 1). El ejército que Asdrúbal pasó a la Galia para socorrer a Aníbal estaba formado en Celtiberia (App., *ibidem*, 28). Celtíberos e iberos figuran en el ejército de Magón de esta época (App., *ibidem*, 31). Todavía en el año 203, cuando ya habían perdido totalmente los cartagineses la Península, éstos intentaban reclutar tropas acá (Liv., XXX, 21, 3). La segunda guerra púnica se decidió en la Península. Esto lo percibieron muy claramente los romanos, como lo prueba la decisión adoptada inmediatamente después de la llegada de Aníbal a Italia y del desastre de Cannas, de enviar aquí un ejército (Val. Max., III, 7, 10). La noticia de la victoria de Escipión sobre Asdrúbal en el año 215 a. J. C. se recibió en Roma con gran regocijo «*non tam uictoria quam prohibito Asdrubalis in Italiam transitu lætabantur*» (Liv., XXIII, 29). En estos años todo el esfuerzo cartaginés se concentra en poder pasar tropas desde Hispania a Italia para ayudar a Aníbal (Zon., XI, 3; Liv., XXVII, 20); el romano, en cambio,

⁶⁶ Después de un detenido examen de los textos hemos llegado a la conclusión de que en la mayoría de los casos que las fuentes citan celtas en los ejércitos púnicos estas tropas proceden seguramente de la Península. Cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *La expansión celtíbera en la Carpetania, Bética y Levante y sus causas (s. III-II a. J. C.)*, «*Celticum*», II, 1962.

en que Asdrúbal no llevara tropas (Liv., XXV, 32; Zon., XI, 3) «*si Hannibali... Asdrubal dux adque hispaniensis exercitus esset iunctus, illum finem Romani Imperii fore*» (Liv., XXIII, 28, 7). La política bárquida, como ha señalado Rodríguez Adrados,⁶⁷ se apoyaba en el elemento celta de Hispania; de aquí la insistencia de reclutamientos de celtiberos frente a Roma, que lo hacía en el ibero. Estas levadas son de una importancia excepcional para el desarrollo de la política bárquida. Los bárquidas tenían tras de sí un ejército con el que podían imponer su política a Cartago. En este aspecto son fundamentales varios textos, como el de Diodoro (XXV, 12), que alude a que Asdrúbal fue proclamado general por el ejército, o el de Livio (XXI, 2), que «su influencia, la bárquida, sobre el ejército y la plebe era más que mediana, lo que le llevó al poder, al que el voto de los nobles no le hubiera llevado» y Appiano (ibidem, 6) escribe que «era muy grato a los soldados». Aníbal, según Zonaras (VIII, 21), fue proclamado primero general por el ejército, lo que aceptaron los magistrados de Cartago. Las tropas hispanas al servicio de los púnicos llevaron al ejército la idea del caudillaje militar, tan necesario para sus empresas de dentro y fuera de la Península.⁶⁸ En este sentido es muy significativa la proclamación de Asdrúbal por todos los iberos general con plenos poderes (Diod., XXV, 12). Esta proclamación era fácil de lograr, pues tanto Asdrúbal (Diod., XXV, 12) como Aníbal (Liv., XXIV, 41) se casaron con mujeres iberas, el primero con la hija de un rey ibero, lo que les convertía, como afirma Walter (*op. cit.*, 371), en verdaderos jefes nacionales. En este punto ambos caudillos imitaron la política de Amílcar, que casó su hija con el jefe de los demócratas. Este caudillaje es lo que motiva seguramente el que Polibio (III, 8, 1 y X, 10) acuse a Asdrúbal de querer convertir a Cartago en una monarquía. Precisamente en Hispania, por vez primera, un general romano, Escipión, fue proclamado rey (Pol., X, 40).⁶⁹ Los bárquidas, la llegada de Amílcar al frente del ejército se explica perfectamente por su actuación durante la guerra de los mercenarios, pensaron desde el primer momento en una auténtica conquista de Hispania, que contrapesase la pérdida de Sicilia y Cerdeña. Sobre este aspecto las fuentes antiguas no dejan lugar a dudas. Amílcar sometió muchos pueblos hispanos. (Pol., II, 1, 5; Diod., XXV, 10.) Este último autor escribe que «conquistó Hispania entera» (Diod., I, 27) y de Asdrúbal que «recibió la sumisión de sus ciudades en número de doce y finalmente sometió todas las de España», y Appiano (ibidem, 6), que «sometió a los cartagineses muchos pueblos de Hispania» y que «penetró desde el océano occidental por el interior de España hasta el río Ebro» (también Zon., VIII, 19). El Tratado del Ebro, que Kornemann⁷⁰ considera un gran triunfo de la

⁶⁷ *Las rivalidades de las tribus del NE. y la conquista romana.* «Est. Men. Pidal», I, 1950, 563 y sigs. También A. CASTILLO, *La Costa Brava en la Antigüedad*, «Ampurias», I, 1939, 183 y sigs.

⁶⁸ C. VIÑAS, *Apuntes sobre Historia social y económica de España*, «Arbor», 158, 1959; *passim*. Sobre las clientelas púnicas en España, cfr. A. FERNÁNDEZ ADRADOS, *La "Fides" ibérica*, «Emerita», XIV, 1946, *passim*; J. M. BLÁZQUEZ, *El legado indoeuropeo en la Hispania romana. Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Pamplona, 1960, 325.

⁶⁹ A. AYMARD, *Polybe, Scipion l'Africain et le titre de roi.* «Revue du Nord», XXXVI, 1954, 121 y sigs.

⁷⁰ *Op. cit.*, 240; ídem, *Römische Geschichte*, Stuttgart, 1960, 183 y sigs.

diplomacia bárquida, confirma en realidad el dominio cartaginés en la Península. La penetración de Aníbal hasta el territorio vacceo obedece igualmente al plan cartaginés de la conquista entera del territorio.⁷¹ Estas guerras hispanas fueron extraordinariamente beneficiosas para Cartago, no sólo porque le proporcionaron riquezas, sino una oficialidad y un ejército perfectamente capacitados para la guerra, al mismo tiempo que ocasión a los generales de tratar con los más diversos pueblos, importante este último aspecto, pues Aníbal intentaba crear una confederación de pueblos contra Roma. Floro (I, 22, 38) percibió perfectamente todo esto al escribir «*bellatricem illam, uiris armisque nobilem Hispaniam, illam seminarium hostilis exercitus, pusilli illam iam Hannibalis eruditicem, incredibile dictu*». Algunas fuentes sostienen (Zon., VIII, 17; app. *Hann.*, 2, y Diod., XXV, 8) que Amílcar vino a la Península contra el parecer de los magistrados de su ciudad. Polibio (II, 1, 5) expresamente afirma lo contrario, y los historiadores modernos, como Bosch-Gimpera,⁷² A. García y Bellido,⁷³ Scullard,⁷⁴ Gsell,⁷⁵ etc., están de acuerdo en ello; Polibio, que acusa a Asdrúbal de querer convertir a Cartago en una monarquía, afirma que gobernó a su arbitrio las cosas de España, sin respeto al Senado cartaginés (Pol., III, 8). De hecho, los generales cartagineses estuvieron pendientes siempre del gobierno de Cartago, de lo que se conocen abundantes testimonios (Cor. Nep., *Amil.*, 4; Pol., III, 15, 7). Este texto es importante, pues Aníbal consulta con Cartago la política a seguir con Sagunto (Liv., XXVII, 20, XXVIII, 31, 4). Los envíos de presentes a Cartago de Amílcar y Aníbal prueban la necesidad de sentirse apoyados por el Senado. En este siglo, tanto en Roma⁷⁶ como en Cartago, las grandes personalidades fueron las que impidieron el rumbo y las particularidades a la política exterior y ellos gobernaron el Senado. Aníbal se sentía apoyado por casi todo el senado cartaginés (Liv., XXI, 11), lo que trasluce que existía un partido de oposición de escaso poder, que había intentado años antes un proceso (también Liv., XXI, 2). Los bárquidas gobernaron la Península con poderes prácticamente soberanos y con autonomía absoluta.⁷⁷ Arroja mucha luz sobre la autonomía e independencia de los bárquidas en la Península

⁷¹ J. MALUQUER, *Carta arqueológica de España*. Salamanca, Salamanca, 1956, 30; ídem, *De la Salamanca primitiva*. «Zephyrus», II, 1951, 61 y sigs.; V. BEJARANO, *Fuentes antiguas para la Historia de Salamanca*, «Zephyrus», VI, 1955, 89 y sigs.

⁷² *Op. cit.*, 5.

⁷³ *El mundo de las colonizaciones*, 367.

⁷⁴ *A History of the Roman World*, 193.

⁷⁵ *Op. cit.*, III, 259. Este autor aceptó la idea de que los bárquidas pretendían la corona.

⁷⁶ H. SCULLARD, *Roman Politics 220-150 B. C.*, 39 y sigs.

⁷⁷ F. TAEGER, *Das Altertum*, Stuttgart, 1958, II, 513 y sigs.; W. GÖRLITZ, *Hannibal*, Leipzig, 1935, 24 y sigs.; Z. ZELLER, *Hannibal*, Überlingen, 1949, *passim*. La bibliografía, muy numerosa, sobre la segunda guerra púnica, en G. GANNELLI, *Trattato di Storia Romana*, 310 y sigs. El estudio reciente más exhaustivo de las fuentes, en L. PARETI, *Storia di Roma*, Turín, 1954. Además de la clásica *Storia dei Romani*, III, *passim*, de C. DE SANCTIS; A. FERRABINO, *Nuova Storia di Roma*, 1959, *passim*, sigue bastante al pie el relato liviano; J. VOGT, *Römische Geschichte*, I, Friburgo, 1939, 83 y sigs.; A. MOMIGLIANI, *op. cit.*, 79; A. AYMARD, *op. cit.*, 36 y sigs.; S. GSELL, *op. cit.*, III, 263. En cambio, HALLWARD, *op. cit.*, 30, encuentra falsa la tesis de que los bárquidas gobernasen como vicerreyes.

los estudios de A. Beltrán⁷⁸ sobre la numismática hispanocartaginesa; este autor, en una tesis extraordinariamente sugestiva, ha propuesto la teoría, aceptada por buenos numismáticos, como F. Mateu y Llopis, de que en algunas piezas se tiene el retrato de Aníbal, lo que señala una independencia grande en este aspecto con la tradición cartaginesa. Cartago en esta época se encontraba profundamente helenizada incluso en la religión⁷⁹ y probablemente la costumbre griega de acuñar monedas, como lo hizo Alejandro, con la efigie de los soberanos, pesó sobre los bárquidas. Incluso el plan de Aníbal de atacar a Roma en su propio territorio tiene un inmediato antecedente en las campañas de Alejandro contra Darío III.

Las fuentes son bastante explícitas al referirse a la forma de gobernar la Península los bárquidas. Los tres generales se inclinaron frecuentemente a atraer a los indígenas mediante una extremada benevolencia; como ya se anotó, la política de Asdrúbal fue francamente pacifista y logró por la diplomacia extender considerablemente el territorio controlado por Cartago; en este punto coinciden las fuentes (Diod., XXV, 11). Polibio (II, 13, 1) escribe que administraba el mando «con cordura e inteligencia» y que mediante la amistad con los reyezuelos elevó a una gran prosperidad los intereses de Cartago (II, 36, 1). Lo mismo afirma Livio (XXII, 2) y Appiano (ibidem, 6). Asdrúbal siguió la misma táctica de gobierno que después de él Escipión⁸⁰ y posteriormente Tiberio Sempronio Graco, Sertorio, César y Pompeyo. Asdrúbal cambió la política de su suegro, que sometió a los pueblos unos por la fuerza y otros por negociaciones (Diod. II, 1, 5). Casos de extremada dureza en este general son conocidos, como el matar toda la oficialidad del ejército de Istolayo e Idortas; probablemente adoptó esta medida para escarmiento de los reyezuelos indígenas (Diod., XXV, 10), unida, sin embargo, a clemencia, bien patente en el hecho de alistar en su ejército a 3.000 iberos o dejar en libertad a 10.000 cautivos. La política de Aníbal responde a la de su padre más bien que a la seguida por Asdrúbal, mezcla de severidad y benevolencia; Aníbal se entretuvo varias veces en saquear el territorio de los pueblos enemigos, como el de los olcades y carpetanos, o el de las ciudades de Hermándica y Arbocala (Liv., XXI, 5; Pol., III, 15, 3) y a los jóvenes saguntinos les pasó a cuchillo (Liv., XXI, 14), pero este comportamiento obedece a la resistencia de la ciudad. Con los soldados y aliados era extremadamente afable, cumpliendo puntualmente todo lo estipulado sobre el sueldo y concediéndoles otras ventajas (Pol., III, 15; Liv., XXI, 5 y 11), como la de invernar en sus propios pueblos. Incluso con los mismos enemigos mostró respeto y benevolencia (Plut., *Virt. Mul.*, 248 e), como con los habitantes de Salmatis devolviéndoles la ciudad. Los bárquidas contaron en la Península con numerosos y fieles partidarios entre los indígenas. Ya se señaló que todos los iberos proclamaron general con plenos poderes a Asdrúbal.

⁷⁸ *Curso de Numismática*, 297; ídem, *Acuñaciones púnicas de Cartagena*. «CASE», 1948, 224 y sig.; ídem, *Iconografía Numismática: Retratos de los Bárquidas en la monedas cartaginesas de plata de Cartagena*. «Bol. Arq. Tarr.», 1949; ídem, *Los bustos de Aníbal en las monedas púnicas*, «CASE», I.

⁷⁹ M. TARRADELL, *El presente de la arqueología púnica*, «Zephyrus», III, 1952, 172; CH. PICARD, *op. cit.*, *passim*. La helenización llegó hasta la religión (CH. PICARD, *La religion de l'Afrique antique*, París, 1954, 100 y sigs.).

⁸⁰ J. M. BLÁZQUEZ, *El legado indoeuropeo en la Hispania romana*, 236 y sigs.

Cástulo fue, en frase de Livio (XXIV, 41), «muy adicto a los cartagineses»; Astapa, en su fidelidad a Cartago, emuló a Sagunto frente a los romanos (Liv., XXVIII, 22-23; App., *ibidem*, 33); Indíbil prestó grandes servicios a los púnicos y les fue fiel durante muchos años (Pol., X, 37 y III, 76, 1), y el príncipe Amusico se refugió entre los cartagineses (Liv., XXI, 61). El dominio de gran parte de la Península y las expediciones de Aníbal a tierras de vacceos prueban las extraordinarias cualidades políticas y militares de los bárquidas, que consiguieron con los pueblos hispanos lo que los romanos en muchos años. Los generales púnicos que actuaron en la Península después de la marcha de Aníbal no supieron mantener esta política de benevolencia hacia los indígenas, la única posible para contrarrestar la fuerte personalidad de Escipión y su método de atraer a los iberos. Precisamente en la historia antigua de España queda bien patente el influjo de las grandes personalidades sobre los nativos, bien percibido por las fuentes en el caso de Escipión (Liv., XXVII, 20). La pérdida de la Península para los cartagineses obedece a los siguientes puntos: inconstancia del carácter indígena; dureza de las levas, ya en el año 215 a. J. C. los soldados hispanos no querían ir a Italia (Liv., XXXIII, 29); errores grandes cometidos por el mando cartaginés en el trato con las gentes indígenas, como el exigir a Indíbil una gran cantidad de dinero y las hijas en rehenes, a las que se dio malos tratos (Pol., X, 18); la política y fuerte personalidad de Escipión que fascinaba a los iberos.⁸¹ Los bárquidas fundaron ciudades acá: Amílcar a Acra Leuca (Diod., XXV, 10); Asdrúbal, dos ciudades, Carthago Nova y una segunda no citada por Diodoro (XXV, 12), y Aníbal reconstruyó Sagunto y la convirtió en una colonia cartaginesa (App., *ibidem*, 12). Esta faceta de la política de los bárquidas en Hispania, descubre sus verdaderas intenciones. No se dispone de datos para calcular la densidad de población en la Península en esta época. Livio (XXIII, 12), refiriéndose a sucesos del año 215 a. J. C., afirma que la Bética estaba muy poblada, «*tum iuuentute abundante*». ⁸² En tiempo de Estrabón la población de Carthago Nova ascendía a unos 40.000 habitantes y la de Cádiz, según cálculos de A. García y Bellido, ⁸³ a unos 2.000 habitantes libres; durante la segunda guerra púnica debía de ser menor. La población semita en estos años ha sido calculada en unas 20.000 personas. En época de Augusto era muy numerosa en todas las ciudades béticas y la que acaparaba los asuntos comerciales (Str., III, 2, 13). ⁸⁴ Estos semitas probablemente son cartagineses de los que habitaban la Bética durante el siglo III a. J. C. Plinio (NH, III, 8), to-

⁸¹ Además del libro sobre Escipión, de H. H. SCULLARD, cfr. R. MANSFIELD, *Studies on Scipio Africanus*, Baltimore, 1933, *passim*; W. SCHUZ, *Scipio Africanus und die Begründung der römischen Weltherrschaft*, Leipzig, 1927, 19 y sigs.; E. BADIÁN, *Foreign Clientelae (264-70 B. C.)*, Oxford, 1958, 116 y sigs.

⁸² El número tan elevado de soldados que extrae Cartago de la Península indica una población numerosa.

⁸³ *España y los españoles hace dos mil años*, Buenos Aires, 1945, 207.

⁸⁴ Sobre los residentes africanos y semitas durante el Imperio Romano, cfr. E. ALBERTINI, *Les étrangers résidant en l'Espagne pendant l'Empire Romain. Mélanges Cagnat*, París, 1914; A. BALIL, *La economía y los habitantes no hispanos del Levante español durante el Imperio Romano*, «APL», V, 1954, 265. El tema también ha sido trabajado por A. GARCÍA Y BELLIDO, *El elemento forastero en la Hispania romana*, «BRAH», CXLIV, 119 y sigs.

mando el dato de M. Agripa, escribe que la zona costera entre Almería y el estrecho estaba habitada por gentes púnicas; y Ptolomeo la comprendida entre el estrecho y Baria por los bástulos llamados púnicos (II, 4, 6). Appiano (ibídem, 56); al referirse al año 154 a. J. C. cita a los blastophoinikes, que según la interpretación de A. García y Bellido⁸⁵ son colonos cartagineses establecidos en el litoral andaluz. Este autor sospecha que las colonias púnicas citadas por las fuentes eran Málaka, Sexi y Abdera.⁸⁶ A. Blanco amablemente nos ha indicado que recientemente han aparecido unas cerámicas en Andalucía, muy parecidas a las que se encuentran en el N. de Africa, que podrían adscribirse a estas gentes de procedencia africana. M. Almagro, por su parte,⁸⁷ considera difícil concretar cuánta pudo ser la aportación numérica de las ciudades fenicias y luego púnicas, que el carácter racial de estos colonos no difería gran cosa de la población española de entonces en el S. y SE. y que la masa de algunos miles de soldados númeridas y cartagineses no representaron mucho en el factor racial peninsular.

Durante el siglo II a. J. C. las relaciones con el Norte de Africa continuaron intensas y no se interrumpió el trasiego de tropas entre ambas regiones. Ya al comienzo de las guerras lusitanas, 155-153 a. J. C., bandas lusitanas, quizá en buques gaditanos, que como se ha visto frecuentaban los puertos y la costa del Norte de Africa, atravesaron el estrecho y atacaron Ocilis (App., ibídem, 57), en la costa occidental africana. Mummio, al frente de un ejército de 9.000 hombres, les persiguió en el propio Marruecos y les venció. Este hecho indica claramente que Marruecos era bien conocido de los habitantes de la Península, lo que se deduce de otros datos que examinaremos más adelante. Un par de años más tarde, 151-150 a. J. C., los lusitanos, en número de 1.500, intentaron pasar el estrecho de Gibraltar, sin conseguirlo, pues fueron antes aniquilados por Lúculo (App., ibídem, 57-58). Africa, en cambio, continuó enviando tropas a la Península, esta vez en servicio de los romanos empeñados en la lucha contra Numancia. En las primeras campañas de Nobilior contra esta ciudad figura un cuerpo expedicionario de 300 caballeros númeridas con diez elefantes, enviados por Masinissa, aliado de Roma (App., ibídem, 46).⁸⁸ La presencia de estos elefantes casi fue perjudicial para los romanos, pues un animal, herido por una piedra de los numantinos, huyó y sembró el pánico entre sus compañeros, lo que observado por los sitiados motivó que salieran de las murallas y ocasionaran la muerte de 4.000 romanos y de tres elefantes. A pesar de este hecho, los romanos continuaron buscando elefantes en el Norte de Africa para la guerra. Así, en el año 151-150 a. J. C., Escipión, que se encontraba a las órdenes de Lúculo, fue enviado a Africa a solicitar elefantes del rey Masinissa, que gustoso se los proporcionó (App., *Lib.*, 71). Valerio Máximo escribe que le acompañaron también

⁸⁵ *El mundo de las colonizaciones*, 356 y sigs. Sobre las colonias semitas del Sur, 388 y siguientes.

⁸⁶ En Málaka, en tiempos de Augusto, el trazado de las calles era semita (Str, III, 4, 2). Sobre la toponimia semita en Hispania, cfr. J. SOLÉ, *Toponimia feniciopúnica*. «ELH», I, 1960, 495 y sigs.

⁸⁷ *Origen y formación del pueblo hispano*, Madrid, 1958, 107 y sigs.

⁸⁸ A. SCHULTEN (*Numantia*, IV, 1932, 20) ha creído localizar la cuadra de los elefantes en un edificio grande situado junto al campamento de Nobilior.

tropas númeradas (II, 2). Elefantes en el ejército romano se citan igualmente en las campañas de Metelo, 143-142 a. J. C. (Val. Max., IX, 3, 7). Escipión, en el año 135-133, tuvo en su ejército elefantes y tropas númeradas en el cerco de Numancia. Yugurta se presentó al ejército mandado por Escipión con doce elefantes, algunos arqueros y tiradores de honda. La presencia de este conjunto (App., *ibidem*, 89; Sal., *Iug.*, 7; Val. Max., II, 9, 4), al que se unieron los contingentes enviados por los reyes amigos del Oriente en número de 3.500 hombres, sus clientes, amigos y aliados itálicos, ejército formado directamente por Escipión, es grande, pues prelude los ejércitos de mercenarios, base del caudillaje militar de Mario, Sila y César. Como escribe Pareti,⁸⁹ el estado mayor que Escipión llevó consigo tenía una doble función: de colaboración militar y de celebración histórica, pues junto a militares, como su hermano Quinto Fabio Máximo Aemiliano, que había estado ya en la Península, su hijo Quinto Fabio Buteo, C. Sempronio Graco, C. Mario, C. Memmio, se encontraban historiadores de profesión u ocasionales y poetas, Polibio, que ya le había acompañado en la destrucción de Cartago; Sempronio Asellión, P. Rutilio Rufo, que escribió una historia de las campañas de los años 135-134; Fannio y Lucilio.⁹⁰ Indirectamente la tercera guerra púnica repercutió también en el ejército romano que operaba en la Península, pues en el año 145-143 a. J. C., Q. Fabio Máximo, el hermano de Escipión, vino con un ejército consular de sólo dos legiones, que debían ascender a un total de 30.000 hombres, pero cuyos componentes sumaban 17.000 sólo, a causa de que en la guerra contra Cartago y contra Macedonia Roma perdió mucha gente (App., *ibidem*, 65). Cádiz continuó a finales del siglo II a. J. C. visitando con su flota las costas africanas, como lo había hecho antes.⁹¹ Plinio (NH, II, 169) narra que Cælius Antípater, 130 a. J. C., conoció a un comerciante que había navegado desde España a Etiopía, el texto no dice expresamente que fuera gaditano; Schulten (FHA, IV, 141) lo supone con fundamento. Posidonio, que visitó Cádiz hacia el año 100 a. J. C., refiere dos datos, transmitidos por Estrabón (II, 3, 4), recogidos de labios de los mismos gaditanos, de gran interés sobre las relaciones de los marinos gaditanos y Africa; el primero es que «éstos, además de los grandes navíos que armaban los comerciantes, usaban otros más pequeños, a los que llamaban Hippoi por el mascarón de sus proas; con ellos pescaban a lo largo de la costa de

⁸⁹ *Op. cit.*, *passim*.

⁹⁰ Sobre la importancia de este conjunto y las tendencias monárquicas de Escipión, cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *El impacto de la conquista de Hispania en Roma (154-83 a. J. C.)*, *passim*.

⁹¹ Además del texto mencionado anteriormente que habla de que durante la segunda guerra púnica la flota gaditana se dividía entre la Península y Africa. Un texto del Timeo recogido en el Pseudo-Aristóteles, fechado con anterioridad al año 300 a. J. C. (*Mir. rebus.*, 136), cita la pesca de atunes de los habitantes de Gadir en la costa africana, tan necesaria para abastecer las numerosas fábricas de salazón de la Península. Diodoro (V-20), al narrar hechos acaecidos, según A. GARCÍA Y BELLIDO que ha estudiado estos viajes (*El mundo de las colonizaciones*, 292 y sigs.) con anterioridad al viaje de Hannón en el año 500 a. J. C., dice que «los fenicios explotaron las costas situadas al otro lado de las columnas y navegaron a lo largo de Libia... y arribaron a una isla». Como señala A. GARCÍA Y BELLIDO, los fenicios se servían de la gran tradición y experiencia de los tartesios en el Atlántico, a los cuales se debe el descubrimiento de las islas atlánticas y la costa oriental africana (*El mundo de las colonizaciones*, 293, ídem; *España y los españoles hace dos mil años*, n. 392).

Marruecos hasta el río Lixos», que A. García y Bellido cree es el Draa, al sur de Agadir. El segundo hecho es el viaje de Eudoxio, datado a finales del siglo II a. J. C., que había deducido la posibilidad de la circunnavegación de Africa del hecho de haber recogido una proa de nave con el mascarón de un caballo en las costas etiópicas, como también sucedió en tiempos de Augusto (Plin., *NH*, LXII, 168), que los técnicos alejandrinos reconocieron como pertenecientes a las naves gaditanas que alejadas mucho del Lixos perecieron,⁹² lo que intentó él con técnicos y personal gaditanos, como probablemente Hannón (Plin., *NH*, II, 169), lo que es reconocer que los marinos gaditanos eran reputados como los mejores de la época. Los descubrimientos efectuados en los últimos años por Tarradell⁹³ en las costas de Marruecos permiten plantear los problemas de las navegaciones hispanas a estos territorios y el de las relaciones entre ambas orillas desde ángulos de vista totalmente nuevos, al mismo tiempo que se conoce con base arqueológica segura la presencia de fenicios y púnicos. La arqueología ha confirmado estas relaciones de las que hablan las fuentes en estos siglos, pues cerámicas ibéricas se han encontrado en Tamuda,⁹⁴ Portus Magnus,⁹⁵ Les Andalouses,⁹⁶ Lixus,⁹⁷ Sidi Abselam del Behar⁹⁸ y Cartago,⁹⁹ además de la citada de Orán. Algunas de estas piezas se pueden datar en el siglo I a. J. C. También prueba seguramente relaciones entre ambas regiones la cerámica

⁹² Sobre las navegaciones alrededor de Africa, cfr., además de los trabajos citados de A. GARCÍA Y BELLIDO, M. CARY-E. H. WARMINGTON, *The ancient Explorers*, Londres, 1929, *passim*; R. MANNY, *La navigation sur les côtes du Sahara pendant l'antiquité*. «REA», VII, 1955, 52 y sigs.; J. CARCOPINO, *Le Maroc antique*, París, 1943, 73 y sigs.; GERMAIN, *Hesperis*, XLIV, 1957, 205 y sigs.; M. ROUSSEAU, *Hannon au Maroc*. «Rev. Afr.», XCIII, 1949, 161 y siguientes; R. MANNY, *Note sur le périple d'Hannon*. «Ber. Int. Konf. Westafr.», II, 1951, 509 y sigs.; D. B. HARDEN, *The Phoenicians on the west Coast of Africa*. «Antiquity», XXII, 1948, 141 y sigs.; W. W. HUYDES'S, *Ancient Greek Mariners*, Nueva York, 1947, cap. VI-VII y IX; J. O. THOMSON'S, *History of ancient Geography*, Cambridge, 1948, 71 y sigs. y 143 y siguientes.

⁹³ *Marruecos antiguo. Nuevas perspectivas*, 118 y sigs.; *idem*, *El presente de la Arqueología púnica*, 163 y sigs.; *idem*, *Hipógeo de tipo púnico en el Lixus y su aportación a la cronología de los inicios de la expansión fenicio-cartaginesa en el extremo occidente*. «Cong. Int. Cien. Preh. Prot.», IV, 1956, 789 y sigs.; *idem*, *Las campañas de excavaciones de 1954 y 1955 en Lixus (Marruecos)*. «CAN», IV, 1957, 193 y sigs.; *idem*, *Una esfinge, parte de un trono de divinidad púnica en el Lixus*. «CAN», II, 1952, 435 y sigs.; *idem*, *Tres notas sobre arqueología púnica del Norte de Africa*. «AEArq.», XXVIII, 1955, 187 y sigs., y C. CINTAS, *Contribution à l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc*, París, 1954. Sobre la economía del Marruecos púnico, cfr., M. TARRADELL, *Marruecos púnico*, Tetuán, 1960, 267 y sigs. Sobre las exploraciones fenicias en la costa africana, cfr., D. HARDEN, *The Phoenicians*, Londres, 1962, 172 y siguientes.

⁹⁴ M. TARRADELL, *Cerámica de tipo ibérico en Marruecos*. «CASE», VI, 1950, 185 y siguientes.

⁹⁵ M. VINCENT, *Vase ibérique du cimetière Est de Portus Magnus-St-Leu. (Dépt. d'Oran)*. «Lybica», III, 1953, 13 y sigs.; M. LEGLAY, *Les dernières trouvailles ibériques d'Algérie*. «Act. Prim. Congr. Arq. Marr. Esp.», Tetuán, 1953 y 1955, 183 y sigs.; A. BALIL, *Nuevos hallazgos de cerámica ibérica en el Oranesado e Italia*. «Zephyrus», VII, 1956, 84; A. GARCÍA Y BELLIDO, *Estado actual del problema referente a la expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo*, 94.

⁹⁶ G. VUILLEMONT, *Ceramique ibérique trouvée aux Andalouses (Orán)*. «C. RAIBL», 1956, 163 y sigs.

de barniz rojo, sobre la que atrajo la atención por vez primera Tarradell¹⁰⁰ y que en la última década ha motivado continuos e importantes trabajos de este autor, de Cintas y de Cuadrado.¹⁰¹ Este tipo de cerámica es muy abundante en algunos yacimientos ibéricos y corriente en la costa de Africa desde el Oranesado a Mojador.

En el siglo I a. J. C. las relaciones continuaron tan intensas como en los dos siglos anteriores. Carthago Nova, que en la época de Augusto era con Cádiz el principal puerto de la Península, mantenía una frecuente relación con Mauritania. En este puerto embarcó Sertorio en el año 82-81 a. J. C.; al no lograr en el Norte de Africa lo que se proponía, tornó a la Península, y ayudado por piratas cilicios desembarcó en Ibiza (Plut., *Sert.*, 7), de donde partió para tomar tierra cerca de Huelva; aquí unos marineros, quizá gaditanos, le describieron unas islas paradisíacas,¹⁰² que por la distancia a Gades, 10.000 estadios, son Madera y Porto Santo, a donde trató de ir, pero sus compañeros¹⁰³ piratas le disuadieron y le obligaron a volver con ellos a Mauritania, donde trataban de ayudar al rey Ascalis que había sido arrojado de su trono (Plut., *Sert.*, 8-9), todo lo cual prueba unas relaciones intensas entre los puertos hispanos y las costas del Norte de Africa. Estrabón (III, 4, 3) da a entender la existencia de normales viajes comerciales de los marineros gaditanos a la costa occidental africana con un conocimiento muy completo del litoral. En Mauritania visitó a Sertorio una embajada lusitana, que le ofreció el mando en su lucha con Roma (Plut., *Sert.*, 10), oferta que aceptó, desembarcando en Baelo con un contingente de 700 libios (Plut., *Sert.*, 12). Algunas veces Africa fue camino para España. En el año 62 a. J. C. el procónsul de la provincia Ulterior, Cosconio, en lugar de venir directamente de Italia a Hispania dio un gran rodeo, navegando por Cerdeña y Africa, y llegando al estrecho a través de Mauritania (Cic., *In. P. Vatinius*, 12). En la guerra civil, año 49 a. J. C., se rumoreaba en la Península que venía Pompeyo acá con sus legiones a través de Mauritania (Caes., *BC*, I, 39 y 60). Durante todo el siglo I a. J. C., en particular durante la guerra civil, cuerpos

⁹⁷ Descubierta por M. TARRADELL, cfr. A. GARCÍA Y BELLIDO, *Expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo*, «AEArq», XXVII, 1954, 254.

⁹⁸ *Ibidem*.

⁹⁹ *Ibidem*, 251.

¹⁰⁰ *Sobre el presente de la arqueología púnica*, «Zephyrus», III, 1952, 164 y sigs.

¹⁰¹ M. TARRADELL, *Aportaciones a la cronología de la cerámica del barniz rojo*, «CAN», V, 1959, 269 y sigs.; ídem, *Las excavaciones de Lixus y su aportación a la cronología de los inicios de la expansión fenicio-cartaginesa en el extremo occidente*, 793 y sigs.; ídem, *El impacto colonial de los pueblos semitas*, 260 y sigs.; E. CUADRADO, *Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta*, «Zephyrus», IV, 1953, 265 y sigs.; ídem, *El momento actual de las cerámicas de barniz rojo*, «CAN», VI, 1961, 177 y sigs.; ídem, *Comunicación al CAN*, en prensa, 1961. Tarradell supone que esta cerámica fue una moda oriental que llegó al mismo tiempo a Cartago y al estrecho, perdurando en el Occidente. M. TARRADELL, *Nuevos datos sobre la cerámica prerromana de barniz rojo*, «Hesperis-Tamuda», I, 1960, 235 y siguientes.

¹⁰² A. GARCÍA Y BELLIDO, *El mundo de las colonizaciones*, 259 y sigs. Durante el I a. J. C. se importaba de Mauritania aves y caza (Sal. Hist. II, 70), como en el s. I fieras para los anfiteatros (col. de r. r. VII, 2, 4).

¹⁰³ Sobre la piratería cilicia, cfr. L. CASSON, *The ancients Mariners*. Londres, 1959, 198 y siguientes.

de tropas africanas llegaron a la Península para participar activamente en la lucha; otras veces los combatientes pasaron de acá a allá. En el año 48 a. J. C. César mandó a Casio pasar a Africa para combatir a Iuba, rey de Mauritania. La flota de Casio se reunió en Hispalis (BA, 56, 5-6). Este mismo año, y ante las dificultades que la lucha en la Bética presentaba, el lugarteniente de César se vio obligado a escribir a Bogud de Mauritania en demanda de socorro (BA, 59, 2), que acudió en su ayuda con caballerías (BA, 62, 1; Liv., frg., 37). Bogud participó activamente en la guerra civil. Su actuación en la batalla de Munda, en el ala izquierda de César, fue decisiva para poner en fuga al ala derecha pompeyana, mandada por Cneo (BH, 30-31). Dio. Casio (36 y 38) puntualiza que la derrota pompeyana se debió al ataque de Bogud. En esta batalla se dio la particularidad de combatir mauritanos en ambos ejércitos, pues Bocco mandaba a los auxiliares en el ejército de Pompeyo (Dio., Cas., 36). En el año 43 a. J. C. a la corte de Bogud acudió Balbo Iunior que con mucho dinero abandonó a su general Asinio y en Calpe embarcó para Africa (Cic., *Ad fam.*, X, 32, 1). Bogud volvió a participar en tierras hispanas en las luchas entre Octavio y Antonio. En el año 41 a. J. C. M. Antonio, para ayudar a su hermano el triunviro L. Antonio, incitó al rey Bogud a atacar al legado de Octavio, Carrinas (App. BC, 5, 26), pero el rey no desembarcó en la Bética hasta el año 38 a. J. C. y no debió de intervenir en la lucha, pues inmediatamente se vio obligado, ante la sublevación de sus súbditos en Tingis, a tornar a su reino, que le arrebató Bocco. Según Porfirio (*De abst.*, I, 25), el objeto de Bogud era, ante todo, saquear el rico templo de Hércules en Cádiz, ciudad y templo que en el año 206 a. J. C. habían sido expoliados por Magón (Liv., XXVIII, 36) y robado por César si creemos a Dio. Casio (43, 39), aunque este último robo no es probable. A. García y Bellido,¹⁰³ que ha estudiado, apoyado en la toponimia, los asentamientos militares de la Lusitania y regiones limítrofes, algunos de los cuales datan del siglo I a. J. C., sospecha que la finalidad de estos asentamientos de la Bética era defender esta zona de las incursiones de los moros, que durante el Imperio la atacaron varias veces. El paso de pompeyanos de Africa a la Península durante la guerra civil fue frecuente. En el año 47 a. J. C., por consejo de Catón y Escipión, que se hallaban en Africa y que habían recibido algunas cartas de cesarianos de la Península, (Dio., Cas., 43, 29), Cneo Pompeyo pasó a España para ganar esta provincia, donde su padre había contado con fuerte clientela.¹⁰⁴ Desembarcó en las Baleares y después en Cartagena¹⁰⁵ (BA, 23). España se convirtió en el refugio de los pompeyanos importantes después de perdida la batalla de Thapsus. Aquí llegaron Labieno, Sexto Pompeyo y P. Attio Varo (BH, 1).¹⁰⁶ Aquí intentó también desembarcar el suegro de Pom-

¹⁰³ a Trab. Antr. Etn. *Homenagem a Mendes Corrêa*, Oporto, 1959, *passim*; R. THOUVENOT; *Les incursions des Maures en Bétique sous le regne de Marc Aurèle*, «REA», XLI, 1939, 20 y sigs.

¹⁰⁴ J. M. BLÁZQUEZ, *El legado indoeuropeo en la Hispania romana*, 328 y sigs.

¹⁰⁵ A. BELTRÁN, *Curso de Numismática*, 364 y sigs.; ídem, *Acuñaciones de los pompeyanos en Cartagena*, «CASE», Almería; H. MATTINGLY, *Roman Coins*, Londres, 1960, 78.

¹⁰⁶ La costa gaditana está llena de embarcaderos romanos. C. PEMÁN, *Alfares y embarcaderos romanos en la provincia de Cádiz*, «AEAraq.» XXXII, 1959, 169 y sigs. El puerto para Tingis era Bolonia (Str. III, 140).

peyo Magno, Q. Caecilio Metelo Pio, después de Thapsus, pero fue derrotado por Sittio cerca de Hippo Regio y se suicidó (Val. Max., III, 2, 13). Afranio, según el autor del *Bellum Hispaniense*, 7, había traído una legión de Africa a la Península. Appiano (BC, II, 103) expresamente afirma que aquí vinieron todos los patricios que se escaparon de Libia. Tropas hispanas, caballería, también combatieron en Africa durante la guerra civil a las órdenes de César en el año 46 a. J. C. César mandó a Longino, en el año 48 a. J. C., que pasara el ejército al Africa y a través de Mauritania llegase hasta las fronteras de Numidia, pues Iuba había prestado grandes refuerzos a los pompeyanos (BA, 51). Precisamente este monarca africano contaba con una escolta personal de dos mil jinetes galos e hispanos que envió a Suburra (BC, II, 40), en lo que imitó a los jefes militares del siglo I a. J. C. que contaron con una escolta de Hispania: Sertorio, de celtíberos (App., BC, II, 112); César y Petreio, de Hispani (Suet., *Caes.*, 86; App., BC, II, 109; BC, I, 75 y IV, 207); Augusto, de calagurritanos (Suet., *Aug.*, 49); Cassio Longino, de verones (BC, 51), y Mario, de bárdulos (Plut., *Mar.*, 47). Finalmente, en el año 25 a. J. C. Iuba II combatió al lado de Augusto contra los cántabros. Los romanos¹⁰⁷ efectuaron desplazamientos de poblaciones, como antes había hecho Aníbal entre Marruecos y la Península, así a los habitantes de Zelis, con parte de la población de Tingis (Str., III, 140), los llevaron a la ciudad de Iulia Iozza. Los nómadas del otro lado del estrecho se aprovisionaban en Málaka (Str., III, 4, 2) y algunas ciudades del N. de Marruecos, como Iulia Constancia Zilis, colonia de Augusto, que distaba de Tingis 25.000 pasos sobre la costa oceánica, se hallaba bajo la jurisdicción de la Bética (Plin., *NH*, V, 3), e Icosium incorporada a la Hispania Citerior (*NH*, III, 19). De otras ciudades africanas, como Saldae e Igilgili, Carcopino¹⁰⁸ duda si pertenecía a la Hispania Citerior o al Africa proconsular. Después del año 38 a. J. C., Tingis es una colonia romana incorporada a la Bética, pues Mauritania en esta fecha no pertenecía al Imperio Romano, al igual que lo fueron las colonias fundadas en sus territorios entre los años 33 y 25 a. J. C. por orden de Octavio;¹⁰⁹ todo lo cual señala unas relaciones comerciales y administrativas intensas entre ambas orillas que preludian la administración adoptada a partir de Diocleciano en el año 285. Ya se indicó que los semitas, uno de éstos era aquel Asdrúbal de Gades a quien Pompeyo otorgó la *cinittia romana* en el año 81 a. J. C. (Cic., *Pro Balbo*, 51); cartagineses en su mayoría más bien que sirios, habitaban, según Estrabón, en gran número las ciudades béticas. Mela, por su parte (II, 96), escribe que Carteya estaba habitada por fenicios del Africa, es decir, por cartagineses. En la primera mitad del siglo I a. J. C. conservaban la lengua y costumbres, pues Pompeyo no entendía la lengua de los gaditanos durante la guerra sertoriana (Cic., *Pro Balbo*).¹¹⁰ César, durante su pretura en el año

¹⁰⁷ Sobre los romanos en el Norte de Marruecos, cfr. M. TARRADELL, *Acerca de las etapas de la romanización en Marruecos*, «CAN», III, 1955, 213 y sigs.; J. CARCOPINO, *op. cit.*, 35 y sigs. y 167 y sigs.; L. HARMAND, *L'occident romain. Gaule-Espagne-Bretagne, Afrique du Nord*, París, 1960, 263 y siguientes.

¹⁰⁸ *Op. cit.*, 35, n. 2.

¹⁰⁹ J. CARCOPINO, *op. cit.*, 176.

¹¹⁰ CICERÓN (*De Sen.*, II, 131) refiere que los cartagineses e hispanos cuando van al senado usan intérpretes

61 a. J. C., abolió la salvaje costumbre, cartaginesa según Aulo Gellio, de quemar vivos a los criminales (Cic., *Pro Balbo*, 43; *NA*, III, 14) que todavía Balbo Iunior en el año 43 a. J. C. la practicó con un tal Fadio (Cic., *Ad fam.*, X, 32, 3). El ritual del Herakleion gaditano fue siempre semita.¹¹¹ Carthago Nova continuó vinculada con personajes de Africa, que desempeñaron un papel importante en su gobierno como Ptolomeo y el rey Iuba de Mauritania, duunviro quinquenal y patrono de la colonia, a quien erigió una inscripción, seguramente pedestal, entre el año 1 y 10.¹¹² El primero aparece en un semis del año 14; el segundo en uno del año 9, donde figura como magistrado de la ciudad.¹¹³

En el año 19 a. J. C., en que terminaba la sumisión total de Hispania a los romanos, alcanzó los honores del triunfo, por sus victorias en el interior de Libia contra los garamantes, Balbo Iunior, el primer general no itálico que logró esta altísima distinción (Plin., *NH*, V, 39).¹¹⁴

¹¹¹ J. M. BLÁZQUEZ, *El Herakleion gaditano, un templo semita en occidente*. «I Congr. Arq. Marr. Esp.», sobre la pervivencia de la religión cartaginesa en el Norte de Africa, cfr. CH. PICARD, *Les religions de l'Afrique Antique*, 100 y sigs.

¹¹² A. BELTRÁN, «RABM», LV, 1949, 523 y sigs. Gracias a los numerosos trabajos monográficos de A. BELTRÁN sobre el más diverso material arqueológico que Carthago Nova ha proporcionado es posible al historiador actual hacerse una idea muy exacta de la ciudad. Cfr. J. M. BLÁZQUEZ, *Estado de la romanización de Hispania bajo César y Augusto*, *passim*.

¹¹³ A. BELTRÁN, *Curso de Numismática*, 367 y sigs.

¹¹⁴ L. LHOÏE, *L'expédition de Corn. Balbus au Sahara en 19 av. J. C.*, «*Rev. Afr.*», XCVIII, 1954, 41 y sigs.; E. BOVIL, *The Camel and the Garamantes*, «*Antiquity*», XXX, 1956, 19 y sigs.

